

Sección Bibliográfica

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, de la U.N.A.M.

MARTINDALE, Don (University of Minnesota): *The Nature and Types of Sociological Theory*. Houghton Mifflin Company. The Riverside Press. Cambridge, 1960, pp. 560.

Durante siglos el único conocimiento que se tuvo de lo social se incorporó en la sabiduría popular. Algunos de esos materiales los tomó en sus manos, para interpretarlos, la teología. Pero fue la filosofía la primera que hizo posible, dentro de marcos de gran generalidad, su aprehensión e interpretación seculares.

Entre los sofistas el conocimiento de lo social se subordinó a la ética y a la didáctica. Y, por su parte, quienes desarrollaron entre los griegos las primeras actitudes naturalistas no llegaron a aplicarlas al estudio de la sociedad; su contribución a la Sociología fue indirecta: por el camino de la racionalidad y de la prueba.

La historiografía, en el curso de siglos, acumuló materiales sobre los que reflexionar. La filosofía se inclinó sobre ellos y emitió consideraciones. Pero muy pronto se vio desplazada parcialmente de tal ocupación. Había nacido el deseo de copiar a la ciencia natural en el terreno

de lo social. Estaban a punto de nacer las ciencias sociales.

Fue —para este nacimiento— pivotal el racionalismo. En una época en que se intentó levantar la religión misma sobre una base racional, no puede extrañar la extensión de la ciencia al estudio de la sociedad.

El racionalismo del siglo XVIII es el aspecto ideológico del nacionalismo en política, del capitalismo en economía. Y no es raro el que entre las primeras ciencias sociales aparezcan, correspondientemente, la política embrionariamente científica y la economía —en buena parte— aún doctrinaria.

En el XIX había de producirse un movimiento expandente de las ciencias sociales. Lo que Montesquieu y Voltaire habían programado se convirtió, entonces, en una realidad: nació la Antropología. La doctrina fisiocrática evolucionó hasta producir la Economía como ciencia empírica. Humboldt, Ritter y Ratzel, por su parte, fueron para la transformación científica de la Geografía tan fundamentales como Smith, Ricardo y los Mill lo fueron para la Economía. Austin, Thibaut y Savigny desempeñaron papel análogo para la Jurisprudencia; Dahlmann y Tocqueville, para la Ciencia Política, Bain, Herbat y

los Mill fueron igualmente determinantes en la aparición de la Psicología.

Por su parte, en la vanguardia constitutiva de la Sociología, habrían de estar Comte y Spencer.

La Sociología se desprende lentamente del tronco de la Filosofía. Comienza siendo tan sólo un nuevo punto de vista filosófico. Punto de vista que trata de fundir tendencias tradicionalmente opuestas como lo indica la denominación de sus primeras corrientes: "organicismo positivista". Tendencias de larga tradición una y otra; una y otra con antecedentes en Grecia. Pero orientaciones filosóficas que, incluso por su correlato ideológico-social, han tendido a oponerse. Se identifica, en efecto, comúnmente el organicismo con el conservadurismo y, en forma no menos común, suele identificarse el positivismo con la reforma social. "En el mundo moderno toda una serie de programas reformistas se ha iniciado a nombre de la ciencia desde los tiempos de la *Nueva Atlántida* de Bacon."

A raíz de la Revolución Francesa la vinculación de cada tendencia filosófica con una orientación política determinada se vuelve más íntima: Burke, De Maître, De Bonald, se alinean en un bando; Saint Simon, Proudhon, Marx, Owen, Blanc, John Stuart Mill en el otro.

En este clima nace la Sociología. Comte en Francia, Spencer en Inglaterra, Ward en Estados Unidos de América buscan una síntesis de contrarios que lleva en su seno un elemento de dramaticidad propio de la disciplina.

Si el organicismo sociológico pudo ser pre-biológico, el desarrollo de la biología habría de penetrarlo pronto, haciendo que se desarrollaran las analogías de Lilienfeld, de Schäßle, de Fouillé, de Worms que marcaban el paralelismo entre la sociedad y los organismos biológicos.

El organicismo biológico, en Sociología, pronto fue superado y abandonado. Sin embargo, había preparado el terreno para la aparición de los grandes clási-

cos. Tönnies, Durkheim, Redfield, harían radicar el meollo de lo social en una voluntad, en una mentalidad, en una visión filosófica.

Otros, de entre los mismos clásicos, establecerían los primeros grandes tipos extremos: Maine contrastaría las sociedades de base estatutaria con las de base contractual; Durkheim, la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica; Tönnies, la comunidad y la sociedad; Redfield, la sociedad folk y la secular.

Tras la primera adaptación del organicismo (al seguir y apegarse a las tendencias biológicas) una segunda lo hizo acordar el paso a la marcha de las psicológicas; surgió un positivismo voluntarista explorado por Pareto y Freud, los configuracionistas y los neofreudianos.

La fórmula del organicismo positivista tendía, por su propia naturaleza, a desintegrarse y se desintegró crucificada entre su conservatismo y la demanda de aplicar la ciencia a la sociedad. "Si realmente se aplica la ciencia a la sociedad, los resultados son indudablemente los del trastorno de la tradición; si no se aplica la ciencia a la sociedad, no puede obtenerse una disciplina científica." Tönnies, Durkheim, Pareto, representan el énfasis creciente en lo científico.

El reconocimiento del conflicto como un hecho central de la vida social sería nódulo de reconstitución de la ciencia correspondiente. Heráclito, los sofistas, Polibio, Ibn Jaldún, ya habían reconocido su importancia central. Y, si bien el árabe no influyó inmediatamente en el pensamiento posterior, el griego historiador sí habría de influir en Machiavelli. Bodin, Hobbes, habrían de ser, junto a este último, los vanguardistas del estudio científico del conflicto social. Hume y Ferguson lo convertirían en objeto de investigación empírica al igual que Turgot. Y la teoría del conflicto había de influir determinadamente: en la economía, con Malthus; en la biología, con Darwin.

De la reflexión sobre el conflicto sur-

gen tres ramas ideológicas: el socialismo marxista y dos formas de darwinismo socialista. El socialismo marxista, como dialéctica no ya espiritual de la civilización —según existía en el idealismo—, sino como dialéctica material de clases económicas opuestas. Los darwinismos sociales, como justificativos de la riqueza del rico y la pobreza del pobre explicadas en función de capacidades diferentes. Ideología, la una, propuesta a nombre del proletariado y en favor de sus reivindicaciones. Ideologías, las otras, propugnadas a nombre de la burguesía, que desembocaban en el imperialismo (“el destino manifiesto”, “la carga del blanco”).

Aunque ideológicos el socialismo marxista y los darwinismos sociales, dejaron tras sí un conjunto de problemas que la ciencia objetiva debería plantearse y tratar de resolver; de una parte, el problema de las clases; de la otra, el problema de los nacionalismos y de los imperialismos, de los grupos raciales y de las minorías. “Se dejó a los alemanes... demostrar completamente cuáles eran las implicaciones del darwinismo social consistente”...

Incluso cuando se pasa de las ideologías a la teoría del conflicto no se abandona totalmente la ideología misma. Kidd justifica, con base en la teoría, todo *status quo* como bueno en cuanto superviviente. Y, en general, puede decirse que, si los teóricos del conflicto fueron más realistas que sus predecesores, no dejaron de ser conservadores. La ganancia, al través de un desarrollo que lleva de Walter Bagehot a George B. Vo'd, consiste en que el interés se desplaza; ya no los grandes esquemas de evolución, sino toda una gama de procesos; todo un conjunto de relaciones entre los grupos y entre las diversas instituciones; ya no fórmulas puramente institucionales sino las estabildades de la costumbre y los posibles factores que pueden romperlas, y, consecuentemente, se produce también un interés decidido por el estudio de cómo se moldea socialmente al individuo.

La sociología, creada sobre todo por hombres interesados en los asuntos de la hora, hubo de esperar a su profesionalización para recibir fomentos intelectuales más activos. Tönnies y Durkheim, dentro del organicismo positivista; Glumpowicz y Albion Small, dentro de la teoría del conflicto, son los primeros en mostrar ese profesionalismo.

Pero ese profesionalismo habría de manifestarse en otras formas. El racionalismo (que, en filosofía, promueve la concepción del mundo como un todo coherente, analizable por la razón y que establece en la ciencia la concepción de un universo lógico y matemático) condujo, en sociología, a la búsqueda de formas, reglas y principios que estuvieran próximos o siguieran los lineamientos lógico-matemáticos.

Fue así cómo, en Sociología, se habló también de “la vuelta a Kant” y se exploraron las tradiciones racionalistas para definir y delimitar el campo, buscando —en primer término— una definición especial de la sociedad. Como alternativa que habría de explorarse un poco más tarde y que habría de llegar a ser más vigorosa, se descubrió la fenomenología, pudiendo observarse que, “mientras hoy sólo quedan remanentes menores del formalismo neokantiano, en sociología la rama fenomenológica del formalismo sociológico sigue siendo vigorosa”. También cabe observar que, si se pusieron las bases filosóficas del formalismo fenomenológico en Estados Unidos de América, con Santayana, el mismo no llegó a desarrollarse por oponerse a ello los desarrollos sociológicos del pragmatismo estadounidense.

El formalismo sociológico buscó el establecimiento de formas sociales *a priori*. Pero pronto se reconoció que esta tarea era escasamente empírica y esto produjo el viraje hacia la fenomenología. Se consideró, en efecto, que, “o se lograba mantener el programa formalista a expensas de la ciencia o se permanecía en lo sociológicamente importante y se fracasaba-

ba en cuanto a desarrollar un formalismo consistente”.

Lotze, los neohegelianos, William James, Dewey, representan una serie de corrientes que convergen en determinado momento, al menos dentro de la teoría sociológica. En ella, sus seguidores buscaron una definición, evitaron tratar con grandes unidades (sociedades totales, Humanidad, especie humana) en cuanto objetos de análisis sociológicos, destacaron el problema de las personas sociales y mostraron preocupaciones importantes por la metodología

Entre las directrices del conductismo social cuyos fundamentos pusieron esas corrientes, puede mencionarse, en primer término, el conductismo pluralista, que tiene en su haber el establecimiento de la psicología social como sub-rama científica especial y al que también hay que acreditar el impulso dado al empleo de la estadística en sociología. De las teorías de Tarde sobre la sugestión-imitación (inscritas en esta corriente) parece no haber quedado —por su gran amplitud— sino una contribución positiva: mostraron la posibilidad de explicar lo social a partir de las interacciones humanas en vez de hacerlo a partir de hechos exteriores (el clima, el ambiente, la herencia, la raza). Las ideas de Giddings sobre el comportamiento pluralístico, que descansan sobre una concepción igualmente amplia (“conciencia de la especie”) y dan por supuesto que la vida social está estructurada por actos externamente semejantes, ha obligado a otros estudiosos de esta misma rama del conductismo —como Bogardus y Chapin o Guttman— a un refinamiento creciente de sus escalas de actitudes y de opinión.

Con más precisión que el conductismo pluralista, el interaccionismo simbólico logró definir la materia sociológica al estudiar los problemas de la estructuración lingüística del pensamiento humano. Piaget y Cassirer, entre los europeos, y W. I. Thomas y George Mead, entre los

estadounidenses, destacan en la escuela que proporcionó teorías más adecuadas sobre la personalidad y la estructura social y que, en forma manifiesta, se desplazó del conservantismo hacia el polo liberalizante. En el aspecto metodológico sus paladines se cuentan entre los primeros que disputan a la estadística el derecho de constituirse en método *único* de aprehensión de los materiales sociológicos al proponer y poner en práctica —entre otros— el método comparativo de casos y la técnica autobiográfica sistemática.

Como tercera entre las ramas del conductismo sociológico, se considera la llamada *teoría de la acción social* surgida en Alemania con Weber y su énfasis en: la acción social significativa, la tipología de la misma (que distingue acciones racionales, evaluativas, afectivas y tradicionales) y su concepto de estructura social en cuanto patrón complejo de relaciones sociales. Convergen con los esfuerzos de Weber los desarrollados en Estados Unidos de América por los llamados economistas institucionales (como Veblen y Commons) y por otros estudiosos entre quienes destaca MacIver, quien “rompe con el organicismo positivista para establecer la sociología sobre un fundamento liberal y neo-idealista”, define a la sociología como estudio de contribuciones dinámicas individuales y colectivas (parecidas a las “acciones sociales significativas” weberianas) y propone un método de reconstrucción imaginativa para el estudio comparativo semejante al de los tipos ideales del propio Max Weber.

La desconfianza hacia las unidades sociales mayores, la preocupación por el método y por la técnica, que impidieron el que la Sociología se convirtiese en disciplina producto de la introspección (mediante el recurso a la estadística, las escalas, el método de casos y las historias de vida), y la introducción de la persona social como objeto de estudio sociológico (con la consecuente fundación de la sociología social como disciplina gemela),

parece que pueden contarse entre los caracteres y contribuciones mayores del conductismo en sus diversas ramas.

El conductismo social, con todo, presenta un drama semejante al que representaba el organicismo positivista: una tensión entre una postura más o menos idealista y una tendencia positivista. Esta tensión es la que parece haber hecho que muchos conductistas se desplazaran hacia el funcionalismo, en el cual las ideas clave son el concepto de primacía del sistema y la idea de que las unidades del sistema son relevantes sólo secundariamente. Vertiente es ésta en la que pueden reconocerse dos sub-vertientes: el microfuncionalismo y el macrofuncionalismo, que, como sus nombres indican, difieren por el tamaño de la unidad orgánica que consideran fundamental.

*
* *

Son más o menos estos los cauces por los que conduce su presentación Martindale. Una presentación que, como reconoce valientemente, la concibió y la realizó tratando de hacerse inteligible el movimiento sociológico. Pensada y realizada en provecho propio —para satisfacer esa necesidad de aprehender lo múltiple, diverso, de apariencia caótica— es útil para provecho ajeno. No sólo en cuanto traza líneas tendenciales, sino en cuanto gracias a ella el lector atento puede descubrir en el desarrollo de la disciplina núdulos problemáticos.

Se desprende la de Martindale de las presentaciones tradicionales en lo que de criticable tenían éstas. No una *historia* de los sociólogos cronológicamente arreglada (muchos ha habido que se adelantaron a su tiempo; muchos otros ha habido que, siendo de hoy, piensan como los de hace un siglo). No una *clasificación sistemática* (ya de por sí adelanto en quienes la practicaron) de las aportaciones hechas a la sociología. No; sino una *visión*

dinámica de su desarrollo que, en ocasiones, se aproxima a la presentación dialéctica sin confundirse con ella, porque no puede confundirse, pues no se trata, en el caso, del ritmo primario, *tesis, antítesis y síntesis*; lo tético, antitético y sintético están demasiado imbricados aquí para ser fácilmente distinguibles; son muchos los materiales que se mezclan en esta nueva “forja del *sampo*” para que tales reducciones esquemáticas sean posibles (por lo menos hoy. . .). Existe ese anhelo de síntesis que encamina hacia una integración a la que se refiere Martindale en su último capítulo y a la que ya nos referíamos nosotros en ocasión del Decimonoveno Congreso Internacional de Sociología. . . ; pero aún carecemos de serenidad de visión para lograrla y de una metodología apropiada para no intentarla bárbaramente.

Hay una indicación de por qué la integración resulta tan difícil de conseguir en nuestros días. La Sociología sigue estando —aun en los países que se consideran adelantados en su estudio— demasiado próxima de las ideologías. La pluralidad de las ideologías no pudo producir en el pasado ni puede producir en el presente una Sociología única; hubo de producir y produce *doctrinas* sociológicas múltiples. Sin embargo, cabe pensar —deseamos pensar— que las doctrinas sociológicas actuales están más alejadas de las desnudas y brutales ideologías de hoy que las doctrinas sociológicas pasadas lo estaban de las ideologías de su hora, con las que a menudo se confundían. Y que, al menos, los estudiosos han logrado colocar uno o dos conceptos, una o dos generalizaciones, por encima de la contienda ideológica. De ahí que el progreso hacia la integración sociológica tenga que ser por alejamiento de cada doctrina sociológica de su cuna ideológico-social, en el sentido de una convergencia múltiple de todas ellas en un punto tan lejano de lo ideológico como sea posible. . . Pero, para llegar a este punto, se necesita recorrer todo el camino con atención vigi-

lante, reflexiva; con voluntad de llegar a la meta. Esto representa, para los países latinoamericanos que —no obstante tener riquísima tradición de pensamiento social— inician su marcha sociológica propiamente dicha, la necesidad de ser realista: de aceptar, en estas primeras etapas de su marcha —ineludiblemente—, una sociología que quizá pueda parecerles menos sociología que la que se practica en otros países, pero que es la única que pueden legítimamente practicar: una sociología *muy próxima todavía* de las ideologías imperantes en sus sociedades, que, aunque por muchos se confunda con la ideología misma, en cuanto acepta como polo atractivo el de la racionalidad científica se destina a sí misma a separarse en forma creciente de esas ideologías.

Pero hay otra indicación que debería atenderse en el trabajo de Martindale. Por lo menos en dos ocasiones nos llama la atención hacia el hecho de que la Sociología en vías de constitución ha enfrentado problemas internos, tensiones de gran dramaticidad. ¿No vendría que nos propusiésemos como problema de investigación el de determinar hasta qué grado esas tensiones internas pueden serle consubstanciales? ¿No convendría determinar hasta qué grado buscar su transformación, pero no su destrucción, puede beneficiar en vez de dañar a la Sociología misma por constituirse? Esas tensiones ¿son accesorias? ¿Son perjudiciales? ¿Son consubstanciales? ¿Son útiles? Porque es probable que la Sociología, situada en una zona en la que el ser y el deber se dan la mano y tienen que darse la mano en forma ineludible, para existir y progresar, necesite vivir esas tensiones dramáticas que hacen su estudio tan difícil, apasionante y controvertido. Y es probable que si nos empeñamos en destruir tales tensiones, condenemos a la Sociología a una esterilidad absoluta, a una momificación creciente.

*

* *

Un último punto por considerar por quien se plantea el problema de la integración sociológica podría proporcionarlo la presentación de Martindale en cuanto ésta muestra que los sociólogos han arrojado el lastre de las unidades sociales mayores para lograr concreción creciente en sus estudios e investigaciones. Ello ha podido servir para luchar contra las explicaciones vagas y omnícomprendivas. Pero ¿no es tiempo, si no de volver a esas mismas unidades mayores con abandono de los grupos medianos y pequeños, a los que ahora se presta tanta atención, sí de permitir y aun de empujar a los estudiosos para que estudien la vida social en todos sus niveles, incluso en el de la “comunidad internacional” tan urgida de estudio científico en nuestros tiempos? Una corriente en la historia del pensamiento sociológico reivindicó, al lado del estudio de la sociedad, el estudio de la persona e hizo nacer —como gemela de la sociología— la psicología social. ¿No habrá otra corriente que haga nacer y le dé unidad y conexión, al lado del estudio *intrasocietario*, al estudio científico *intersocietario*, sociológico en su raíz, pero que no se agota en lo sociológico, en la misma forma en que el estudio psicológico-social o sico-sociológico de la persona no se agota en lo psicológico puro y simple, así pueda tenerlo por raíz nutricia?

Unas cuantas interrogantes que se abren a partir del trabajo de Martindale y que, aun en caso de que éste no tuviera (como tiene) otra significación e importancia, ya bastarían para darle una considerable en cuanto los intentos de resolución de las mismas pueden encaminar en el sentido de la integración sociológica tan anhelada por el propio autor de este *Nature and Types of Sociological Theory*.

OSCAR URIBE VILLEGAS.